

»Y permitidme que os lo diga, aquel hombre á quien arranqué su crimen, habia entregado á la justicia una víctima inocente. La justicia comenzó á hacer indagaciones, fué engañada, y se dirigió contra el que no era culpable, y ante la justicia, el verdadero culpable, el hombre que estaba manchado con la sangre de su madre, se atrevia á acusar á un inocente. Faltó muy poco para que el inocente fuera condenado, y dos años despues venia el verdadero culpable á confesar su delito en este recinto.

»Tened cuidado, señores jurados; ahí teneis lo que puede suceder hoy, ahí teneis una terrible advertencia. Sí, hay parricidas que castigar; pero no condenemos á los que no son reos, desconfiemos de los que persiguen á un inocente en interés de su propia salvacion, desconfiemos de las falsas acusaciones, y sepamos, como los que nos han precedido, hacer á todos recta justicia, tanto al culpable como al que es injusta, é indignamente calumniado.

»Señores, teneis ante vosotros dos acusados. Confío en que el que yo defiendo será absuelto y saldrá triunfante de estos debates.»

El 3 de Julio Rousselet, intimado por última vez por el señor procurador general, persistió en sus declaraciones, y el Jurado dió una respuesta afirmativa á todas las preguntas relativas á Rousselet, y negativas á las referentes á Eduardo Donon. Pero por mayoría admitió el Jurado en beneficio de Rousselet circunstancias atenuantes. Esto dice bien claro á qué lado se inclinaba la conciencia del Jurado en la terrible duda que domina en este proceso.

Eduardo Donon escuchó impasible, con la vista fija al frente, la declaracion que le daba la libertad. No tuvo ni un movimiento de gratitud para su elocuente defensor. Rousselet no disimuló su satisfaccion, y no se cuidó de apelar de la sentencia que le condenaba á trabajos forzosos á perpetuidad.

MARQUÉS DE GANGES.

ASESINATO.

Existe en el corazon del hombre una tendencia hácia el mal, que solo puede apartarle una poderosa fuerza de voluntad y una virtud ejemplar, sin que sean suficientes á ello, careciendo de esos dos requisitos, la mas esmerada educacion ni la posicion mas aventajada. Superiores las pasiones en circunstancias dadas á esas dotes, tiranizan al hombre y le arrastran á los mas odiosos crímenes.

La presente causa es una prueba evidente de esta verdad, y en ella vemos tres personajes que por su ilustre nacimiento, por su posicion social y por su educacion escogida debian resistir al embate de esas pasiones bajas, y sobre todo observar una conducta digna del puesto que en la sociedad ocupaban, arrojarse á un crimen, mas bárbaro aun por las circunstancias que le acompañaron, impulsados por la ambicion y por el despecho de una pasion ilícita frustrada.

No tendremos ocasion de admirar la elocuencia de los jurisconsultos, ya que en la época á que esto se refiere, poco ó nada habia de esto; acusacion y defensa, por decirlo así, están concretadas á dos memorias de las dos partes; pero los poderosos argumentos de la acusadora, y la debilidad de la culpable en que se trasluce claramente que ni aun halla medios de defenderse, prueban hasta la evidencia la culpabilidad y complicidad del marqués en el asesinato de su esposa, y la rectitud y acierto del tribunal al pronunciar su sentencia.

Corria el año 1649, cuando se celebró la boda del marqués de Castellane, nieto del duque de Villars, que á su nacimiento distinguido reunia una fi-

gura gallarda, grandes riquezas, excelentes cualidades, y una educacion esmerada que en la córte le habia dado su madre, la marquesa de Ampuess, y le habia descollar entre los demás jóvenes de su edad.

La novia, por su parte, de edad de trece años, esbelto talle, cutis rosado, cabellos negros y rizados, ojos rasgados y expresivos, boca, manos y pié diminutos, amable y candorosa, no desmerecia en nada de la figura ni de la categoria de su esposo. Hija única del señor Rosau, de Aviñon; heredera del señor de Nocheres, su abuelo materno, que la habia dejado un caudal de quinientas mil libras, y los títulos de Nocheres y Chateaublanc, hallábase además por su instruccion y sus virtudes al nivel de las señoritas mas esclarecidas.

Semejante tesoro no podia permanecer largo tiempo oculto, por mas que su abuelo, á cuyo lado se educó, procuraba tenerla alejada de una córte, á la sazón no muy ejemplar, y en donde al lado de un fausto ruinoso para toda la nobleza, reinaba cierta relajacion de costumbres, con la cual no se avenia el carácter austero del señor de Nocheres. Las proposiciones afluan, los pretendientes acosaban sin cesar al guardador de aquella jóven, en quien se unia la hermosura á la fortuna; pero la obtuvo el mas prudente y el mas virtuoso, pues el señor de Nocheres, aunque retirado de la córte, sabia perfectamente las cualidades de todos los solicitantes.

Apenas unidos, el marqués de Castellane quiso presentar en París su esposa, y aunque no era á completa satisfaccion de su abuelo este paso, lo acompañó

á la capital, y á los pocos dias se retiró á sus dominios, satisfecho porque en los peligros que podian rodearla en la nueva sociedad en que iba á vivir, poseia un centinela vigilante en su esposo, y un poderoso escudo en el cariño que á este profesaba y en sus virtudes.

Grande fué la admiracion que produjo su presentacion en palacio: Luis XIV la distinguió especialmente bailando con ella en las fiestas de la corte, la reina de Suecia hizo de ella grandes elogios, y todos los nobles se disputaban el favor de una danza, de una palabra, de una sonrisa de la bella Prövenzala, apelativo con que se la llegó á conocer en la corte, mas aún que por su título de marquesa de Castellane.

No se habia engañado el señor de Nocheres en la esperanza que sobre su nieta habia concebido: aquellas fiestas, aquellas solicitudes, aquel lujo no lograron fascinar á la marquesa: la aturdian, la molestaban, la cansaban, y solo acudia á ellas por complacer á su esposo, á quien cada día amaba mas, y que tenia un especial placer en verla objeto de la admiracion de todos los cortesanos.

El señor de Nocheres murió, coincidiendo este triste suceso con el nombramiento del marqués de Castellane para mandar las galeras francesas en Sicilia, y aprovechando esas circunstancias, la marquesa cesó de frecuentar los salones de palacio en ausencia de su esposo, y solo muy de tarde en tarde, por no disgustar á su suegra, la marquesa de Ampus, con quien vivia, consentia en alumbrar, como un fugaz meteoro, las fiestas cortesanas, apareciendo en ellas una noche para eclipsarse luego por espacio de semanas enteras.

Llegó en esto la funesta noticia del naufragio de las galeras francesas en Sicilia, en cuyas aguas halló con tantos otros la muerte el marqués de Castellane, y seria difícil pintar el dolor de la jóven viuda, que tanto amaba á su esposo. Durante la enfermedad que tan terrible nueva la produjo, el palacio de la marquesa de Ampus se vió frecuentado por la flor de la nobleza, que llegaba á informarse con vivo interés del estado de la marquesa, y hasta el mismo rey la visitaba á menudo, tanto en su enfermedad, como en su convalecencia.

Esto dió motivo á ciertas murmuraciones tan in-

justas como ofensivas á la bella viuda, y al tener ella conocimiento de lo que se decia, comprendiendo que no la era dable cerrar su puerta al rey, y que de seguir recibiéndole tomarian mas cuerpo las calumnias que ya empezaban á propalarse contra ella, adoptó el partido mas prudente: pretextando la necesidad en que se hallaba de ordenar sus asuntos y de visitar sus dominios despues de la muerte de su abuelo, se retiró á Aviñon; mas como allí la siguiera la turba de cortesanos, que con sus incesantes solicitudes la molestaban, entró á vivir en un convento, en calidad de pensionista.

Tampoco allí pudo verse enteramente libre, si bien disminuyó mucho el número de sus pretendientes: entre estos hacíase notar por su asiduidad, por su galanteria y modales distinguidos el señor de Lanide, marqués de Ganges, baron de Languedoc y gobernador de San Andrés, jóven de veinte años, agraciado de figura, y dueño de una gran fortuna. Las excelentes cualidades que al parecer demostraba, su respetuoso cariño, y sus prendas físicas hicieron nacer la simpatía de la marquesa, y cediendo al fin á sus ruegos, consintió en darle su mano, y se celebró su himeneo en 1658.

Pero las bellas dotes que el marqués de Ganges mostraba, y con las cuales consiguió hacerse dueño de la marquesa viuda de Castellane, eran solo aparentes. El señor de Lanide estaba devorado por todos los vicios de su época. La máscara del respeto encubria el mas brutal orgullo, la apariencia del cariño disfrazaba la ambicion mas innoble, el carácter igual y afable de que hacia ostentacion en sus visitas á la jóven viuda, era el velo con que disimulaba un génio altanero y veleidoso: era libertino, jugador, suspicaz, desconfiado, impetuoso y cruel, y el cuantioso patrimonio de que disfrutaba, si bien á primera vista parecia importante, no lo era en realidad porque apenas le bastaba para satisfacer la mitad de sus vicios.

El marqués de Ganges habia codiciado las riquezas y la persona de la marquesa viuda de Castellane, y al saber que todos los medios de seduccion empleados por otros se habian estrellado ante la severa virtud del objeto de su deseo, resolvió hacerse dueño de ella á cualquier costa, salvo luego disponer á su antojo de los bienes y persona de su esposa.

No tardó en mostrarse á esta tal cual era, hiriendo su alma con una cruel decepcion; comprendió la marquesa el género de vida que le esperaba, tan distinta del que su anterior esposo la proporcionara, y arrepintiéndose de sus segundas nupcias; pero era ya tarde, y á fuer de prudente, trató de evitar por su parte todo género de disgustos, y portarse en consonancia con la conducta de su esposo, sin darle por esto el mas mínimo motivo de agravio.

Un hijo que la marquesa dió á luz, fué, por decirlo así, la ocasion de que el marqués mostrara su carácter. Obligada á permanecer en el lecho, y sin poder acompañar á su esposo como antes, este dió rienda suelta á sus vicios, comprimidos durante el primer año de su matrimonio. Acabó la tierna solicitud, el cuidado, el cariño que parecia manifestarla: pasaba el dia sin que viera á su esposo acercarse á su habitacion, y con sorpresa llegó á saber que hasta pasaba las noches fuera de casa. Cuando á ella se presentaba, su rostro estaba severo, adusto, cejijunto; contestábala con sequedad y hasta con dureza, y á las tiernas y cariñosas reconvenções de la amante esposa y feliz madre solia responder encogiéndose de hombros, volviéndola la espalda y alejándose de su estancia para no volver hasta pasados tres ó cuatro dias.

Convencióse la marquesa de que nada tenia que esperar, y mas aún cuando algun tiempo despues la anunció su esposo que debia emprender un viaje, en el cual no gustaba de que le acompañara. La infeliz devoró sus lágrimas, y procuró consolarse con su hijo. Pocos meses mas tarde ponía en el mundo una niña, á cuyo nacimiento ni aún tuvo el consuelo de que asistiera su padre, á pesar de habersele noticiado por diferentes conductos.

Tal vez alguna persona que por ella se interesaba la advirtió de las intensiones del marqués, tal vez esa suprema intuicion de la madre, á ninguna otra igual, se lo hizo adivinar; lo cierto es que cuando al regresar su esposo habló con ella, procurando afectar un excesivo cariño, sobre cesion de ciertos dominios, la marquesa se negó á ello rotundamente alegando la obligacion en que se hallaba de conservar intacto su patrimonio para sus hijos.

Esto acabó de exasperar al marqués, que veia

TOMO II.

frustrada la principal esperanza porque se habia unido á la bella viuda, y desengañado de la inutilidad de sus esfuerzos respecto á los bienes, y cansado ya de la persona de la marquesa, dióse enteramente y sin rebozo alguno á su anterior vida relajada.

Semejante alarde era ya indigno, y la marquesa respondió á aquel reto abriendo sus salones, pero cuidando sobremanera de que ni la mas leve sombra de una sospecha pudiera levantarse contra su honor: así, alejaba con gran prudencia y cortesania á todo el que intentara galantearla, huía de toda sociedad en donde pudiera encontrar apasionados, y solo frecuentaba las que se componian de personas indiferentes en materia de amor, y recibia las que la hubieran dado pruebas de ser solamente amigas.

Mas ¿cómo podian perdonarla los desdeñados, y especialmente si eran tan viciosos y libertinos como su marido? No tardaron estos en crear cierta atmósfera contra ella, haciendo llegar á oídos del marqués lo que ellos llamaban la coqueteria de su esposa, pintando con oscuros colores sus reuniones y las personas que á ellas acudian, y excitando su desconfianza y sus celos hácia la que habia rechazado sus homenajes.

No ignoraba el marqués que una declaracion ostensible de celos le pondria en ridiculo, por lo menos interin no poseyera pruebas evidentes de su certeza; mas como estas no existian, y le era por tanto imposible adquirirlas, disimulaba la acerba pasion que le devoraba en secreto, y solo se presentaba á su esposa malhumorado, taciturno, despegado, aunque sin proferir quejas, lo cual de todas suertes era un motivo de amargura para aquella señora, y una causa de intranquilidad constante.

En esta ocasion vinieron á habitar en su compañía el abate y el caballero Lanides, cuñados de la marquesa, para ser la completa destruccion de aquella familia.

Era el abate libertino, relajado, impio, perverso en toda la extension de la palabra, pero dotado de una astucia infernal; violento, furioso en sus pasiones, dominante y capaz de cometer cualquier atentado; su corazon estaba seco, y solo su cabeza era un laboratorio de maldades é hipocresia, fingiendo como un hábil cómico cuantos sentimientos levantados ennoblecen el corazon humano.

En cambio el caballero, si no le iba en zaga en cuanto á poseer todos los vicios, era rudo, ignorante, débil de carácter, dejábase guiar por el que halagaba su amor propio, que poseía en grado superlativo, y obedecía sin saber siquiera lo que hacía. El abate le gobernaba á su antojo, aparentando no mandarle, sino secundarle, y él, creyendo obrar libremente, era un esclavo sumiso de la voluntad y astucia refinada del clérigo. Éste, por su parte, procuró al mismo tiempo ganar la confianza del marqués, dándole excelentes consejos en apariencia, tomando un interés extraordinario, al parecer, en todos sus asuntos; y hasta presentándole planes y proyectos de administracion de sus bienes, inmejorables; de suerte, que fascinado el marqués, se entregó tan ciegamente en sus manos, que al poco tiempo la verdadera autoridad de la casa era el abate, por mas que el marqués gozara del título de dueño.

No podia menos de encenderse el apetito en aquel corazon cerrado á todos los sentimientos nobles, y solo abierto para los vicios, al ver la hermosura de la marquesa; y con el objeto de que ésta se sujetara á él por la gratitud, empezó por hacer al marqués grandes elogios de ella y de su virtud, de tal suerte que calmados los celos del de Ganges, volvió á manifestarla cierto afecto. Semejante mudanza, aunque muy de su agrado, no dejó de sorprender á la marquesa, y correspondiendo á ella como debía, deseó, no obstante, saber á quien era deudora de aquel feliz cambio de su esposo.

Era precisamente lo que el abate habia previsto y esperaba; así que sin dejar su papel de galanteador de la marquesa, que desde su llegada al palacio tomó, hizo saber que él era el autor de la nueva conducta de su esposo, que él la habia reconquistado su corazon, y que toda la felicidad de que disfrutaba se la debía á él, que no podia verla padecer, por el mucho amor que la profesaba.

La conducta sobrada atrevida del abate, impropia de su estado, habia inspirado á la marquesa una gran antipatía hácia este personaje desde su llegada: no es, pues, de extrañar que la fuera en extremo sensible deberle á él tamaño favor, temiendo que tal vez querría abusar de esta deuda de agradecimiento: sin embargo, incapaz de faltar á la cortesía, le dió

las mas encarecidas gracias, si bien en aquella ocasion su rostro desmentía á sus palabras.

No pasó esto desapercibido á la perspicacia del abate, pero esperó que su perseverancia conseguiria rendir la esquividad de la marquesa: redobló sus atenciones, hizose con ella mas solícito; mas la de Ganges se mostraba cada dia mas cortés, pero mas indiferente y reservada, lo cual encendió de tal manera la impaciencia del abate, que creyó llegado el momento de abordar la cuestion francamente, para lo cual le daba ocasion oportuna una fiesta de campo organizada en las posesiones de una amiga de la marquesa, y á la que ésta estaba invitada.

Su ingenio y chistosas ocurrencias, su finura y cortesania hacian al abate ser bien recibido en las sociedades, á que su nacimiento le daba derecho de asistir; de la misma manera fué acogido en esta. Dispuesta una partida de caza á que las señoras debian ir á caballo, ofrecióse él á acompañar á la marquesa, y allí tuvo completa oportunidad de hablarla á solas, de pintarle su pasion, de expresarle sus deseos y esperanzas, y todo cuanto guiado por aquel amor habia hecho en su favor y para su dicha.

Sorprendida quedó la marquesa al oír aquel lenguaje, pues nunca imaginó, aunque sospechaba en su cuñado miras interesadas, que llevara la osadía á tal extremo; pero dominando la indignacion que en su pecho hervia, se limitó á contestarle friamente: «Señor abate, reparad un momento en lo que soy y lo que sois; reflexionad, y contestaos á vos mismo, evitándome de esta suerte daros una respuesta.» Empero el clérigo habia ya dado el primer paso, y decidido á no retroceder, la replicó en tono amenazador: «No echeis de la memoria, señora, que la felicidad de que gozais me la debeis á mí, que puedo hacerlos continuar viviendo casi abandonada: pensad que quien esto ha hecho, puede igualmente deshacerlo, y que ni vos ni nadie puede destruir ni conmovier mi influencia en el ánimo del marqués. Resistid, y vais á ser la mujer mas desgraciada del mundo: si cedeis, todos podemos ser dichosos.»

Todavía bastante dueña de sí la marquesa para no responder como debía á aquel amenazador insulto, le contestó en igual tono: «Pues habeis aprendido á amarme por mi hermosura, segun decís, aprended

á estimarme por mi virtud, que vos mejor que otro alguno sabreis apreciar por vuestro estado. Conozco todo cuanto me decís, pero todas las desgracias del mundo no serán bastantes á hacerme faltar á lo que debo á mi esposo y á mí misma; y si en alguna ocasion tuviera la desventura de cometer una debilidad, vos seriais la última persona que podria inspirarme tan infeliz pensamiento.»

El furor del abate no conoció ya limites, y ciego de ira alejóse de la marquesa, jurando vengarse. Esta se reunió á la comitiva, sin referir á nadie lo que le habia sucedido, y su cuñado regresó á Aviñon al siguiente dia pretextando ocupaciones urgentes.

Pasado en la soledad el primer acceso de enojo, el abate volvió á acariciar la esperanza de vencer la resistencia de la marquesa; así es que no varió de conducta: ésta en cambio procuraba evitar cuidadosamente toda ocasion de encontrarse á solas con él, y empezó para ello á dar cierta preferencia á su otro cuñado, el caballero de Ganges, quien si bien mas tosco, de talento mas escaso y de menos exquisitos modales que el abate, la parecia mas sencillo en su trato, y que no abrigaba hácia ella iguales intenciones.

Empero, aquella preferencia, léjos de ser apreciada por el caballero en su verdadero valor, solo sirvió para hacer nacer en su imaginacion una idea y en su corazon una esperanza que antes no habia. Engañado sobre el verdadero objeto de la amistad que le mostraba su cuñada, atribuyóla á amor, y esto fué bastante para que halagado su amor propio, se abandonara él tambien á la corriente, y concibiera igual deseo que su hermano.

Observó éste lo que pasaba, creyó que entre el caballero y la marquesa existian relaciones amorosas, les espió; mas nada pudo descubrir que afirmase su opinion. No obstante, aquel rival le exasperó, y en la imposibilidad de luchar con él como con un extraño, decidió hablarle claro, y en el primer momento en que estuvieron solos, lo hizo en estos términos: «He reparado que amais á la marquesa; yo tambien; ya veis que soy franco con vos, y que no quiero que nos perjudiquemos. Empiezo por sacrificarme yo: os voy á dejar el campo completamente libre. Tratad por todos los medios que os parezcan oportunos de

haceros corresponder; pero si no lo lograis, ofrecedme á vuestra vez retiraros, y dejarme á mí emplear mis recursos para alcanzar lo que vos no habeis podido.»

Proponíase el abate con este doble juego, ó vencer la resistencia de la marquesa por sus solicitudes, ó poseerla de todas suertes haciéndose dueño de su secreto, si llegaba á corresponder al caballero, amenazándola con descubrirle.

Aceptó el caballero el plan, aunque ofreciendo á su hermano que él se retiraria; mas el abate se negó á ello, y despues de desearle completo éxito en su tentativa, y de protestar que aquel incidente no debia hacerles enemigos, sino fieles aliados, se separaron sellando el pacto con un estrecho abrazo.

Desembarazado el caballero de su rival, redobló sus obsequios á la marquesa, que no imaginando su verdadero objeto, las recibia con agrado; mas si bien el pretendiente, careciendo de la audacia y del talento de su hermano, nunca se atrevió á explicar con claridad sus sentimientos, no tardó la de Ganges en echar de ver el fin á que iban encaminados, y empezó por mostrarse mas indiferente y reservada con el caballero; y viendo que léjos de darse éste por entendido, continuaba cada vez mas asiduo y solícito, permitiéndose ciertas libertades inconvenientes, le hizo varios desaires para quitarle toda esperanza.

Consiguió de esta suerte la marquesa su objeto de no verse asediada por un nécio; mas con aquel paso firmó su sentencia de muerte, pues el caballero, si bien desesperanzado de obtener ventaja alguna, se retiró y dejó en libertad al abate, se convirtió en mortal enemigo de la que le habia desdeñado. Entre tanto el abate volvió á sus solicitudes; mas cansado al fin de la inutilidad de tantos afanes, cambió de plan, y comenzó á luchar con la marquesa como enemigo.

En aquellos dias habian presentado á la de Ganges un jóven de París, recomendado y recomendable no solo por sus cualidades y nacimiento, sino por sus relaciones y exquisita delicadeza. Sus conocimientos nada vulgares, su conversacion siempre respetuosa, grave é instructiva, interesaban á la marquesa, y se complacia en hablar con él, aunque nunca de suerte que su decoro pudiera padecer en lo mas mínimo.

Esta ocasion aprovechó el abate para dar la voz de alarma al marqués, de cuyo ánimo se había apoderado por completo, destruyendo la obra de virtud que para la marquesa había levantado.

Comenzó por darle parte con cierta reserva de las sospechas que sobre la conducta de la marquesa había concebido, suponiendo que se complacia más de lo que convenia á su decoro en la conversacion de aquel jóven, y ayudando todo esto con reticencias, que si nada explicaban, dejaban ancho campo á las conjeturas desfavorables; y el marqués, léjos de sorprenderse de aquel cambio de conducta del abate vituperando de repente á la que tanto había ensalzado antes, lo tomó como una prueba de la amistad acendrada que su consejero le profesaba, y atemperando su conducta conyugal á los informes recibidos, no se contentó ya con manifestar desvío y despego á su esposa, sino que llegó á ultrajarla. En dos ocasiones intentó la marquesa, á pesar de la repugnancia que semejante paso le costaba, explicarle cuanto la había sucedido con el abate y el caballero, á fin de que pudiera comprender la tendencia de las acusaciones que contra ella se levantaban; pero el marqués se negó rotundamente á oirla, aconsejado por el abate, y la infeliz no tuvo mas remedio que encerrar dentro de su pecho aquel secreto, y resignarse con su suerte.

Cierto dia, á pesar de los esfuerzos que hacia por no encontrarse á solas con el abate, se halló con él en el jardin, y éste no vaciló en decirle francamente cuanto había hecho y estaba dispuesto á hacer para perderla, añadiendo que si cedia á sus pretensiones, volveria á trabajar en su obsequio, desvaneceria las sospechas del marqués, y volverian á lucir para la marquesa dias felices; mas ésta, despues de oirle con la mayor indiferencia, le volvió la espalda y se alejó de él sin contestarle siquiera.

Semejante desprecio no podia ser perdonado por el abate, quien convirtiendo el amor en odio, solo pensó ya en deshacerse de su víctima y hacerla sufrir todo género de tormentos y humillaciones. Poco tiempo despues de estos sucesos la presentaron un plato de crema envenenada con arsénico, y si no murió, fué debido á que comió muy poca; pero estuvo enferma algunos dias sufriendo violentos vómitos.

Esta aventura circuló por Aviñon; mas como la marquesa, que era la verdadera interesada, no la daba importancia, concluyó por olvidarse, y hasta por considerarla como una novela.

Entre tanto el marqués volvió completamente á su vida de disipacion y libertinaje, y á fin de verse libre del todo de la presencia de su esposa, dispuso que esta fuese á Ganges á pasar el otoño. Siempre había profesado la marquesa un espanto instintivo á aquella residencia; así es que cuando le fué comunicada por su esposo la orden de partir, acompañada del abate y el caballero, la pareció oír su sentencia de muerte. Guiada por este temor, hizo testamento en Aviñon, dejando á su madre heredera con la cláusula de llamar libremente á la sucesion á su hijo, de edad de seis años, ó á su hija, de cinco; este testamento, fué hecho en secreto, sin embargo, la marquesa hizo además una declaracion delante de los magistrados y otras personas de Aviñon, por la cual revocaba formalmente todo otro testamento posterior que hiciera, y afirmaba la validez y firmeza de éste. Dispúsose como si fuera á morir, recibiendo los sacramentos; distribuyó limosnas; entregó cantidades á los conventos para que rogasen á Dios que no la dejara morir sin auxilios espirituales; se despidió de sus amigas como quien lo hace por última vez; en una palabra, cuantas personas recordaron su partida, no pudieron menos, cuando se supo su deplorable muerte, de decir que un presentimiento secreto de aquella catástrofe existia indudablemente en el corazon de la marquesa el dia de su despedida.

Cuando llegó á Ganges, encontró allí al marqués y á su suegra que le esperaban. Sorprendióla este encuentro que no aguardaba; pero su suegra la dijo que habiendo en diferentes ocasiones manifestado á su hijo el deseo de abrazar á su nuera, el marqués había ido á buscarla á Montpellier, donde residia, para dar cumplimiento á sus deseos, aprovechando la permanencia en Ganges, donde contaba pasar algunos dias al lado de su hija política.

Todo pareció haber cambiado de aspecto para la marquesa con la presencia de su suegra. El marqués dejó su severidad y malos modos para manifestar una amabilidad casi igual á la de sus primeros dias de matrimonio: el abate y el caballero se disputaban

el mérito de obsequiar á su cuñada, sin que ni en sus actos, ni en sus palabras dejaran ver nada de sus antiguos pensamientos: en una palabra, podia decirse que habían vuelto para la marquesa los dias felices con el afecto de su suegra, el amor de su marido y la amistad de sus cuñados. Mas ¡de cuán breve duracion debia ser este dichoso estado!

La madre del marqués regresó á Montpellier, y al dia siguiente, despues de una larga y secreta conferencia que éste tuvo con sus hermanos, anunció á su esposa que sus negocios le llamaban á Aviñon, adonde pensaba partir solo, quedando ella en Ganges acompañada de sus hermanos políticos. Obedeció la marquesa, aunque con sentimiento al recordar lo que con estos había pasado; mas tanto el abate como el caballero habían variado de plan. Querian borrar todo motivo de desconfianza para asegurar mejor el golpe.

Ninguno de ellos volvió á dirigirla la menor palabra que pudiese alarmarla; sus servicios parecian desinteresados, su afecto sincero, procuraban distraerla en aquella soledad, y ella se congratulaba de que al fin habían reflexionado y podia contar con su amistad. Cierta dia en que la marquesa se quejaba del desvío de su esposo, que no la daba la menor noticia suya, é imploraba los buenos oficios del abate, éste la manifestó que despues de varias conversaciones habidas con el marqués, se había convencido de que su resentimiento nacia del testamento otorgado por la marquesa, y que mientras este existiese, no podia esperar calmar el descontento de su esposo. Otras consideraciones que añadió con tono elocuente y persuasivo dominaron tan completamente á la marquesa, que dejándose arrastrar por su carácter bondadoso, y por el deseo de reconquistar el cariño de su marido, no vaciló en revocar el testamento y otorgar otro á favor del marqués, si bien ni ella, ni el abate creyeron necesario retractar la declaracion hecha en Aviñon ante los magistrados.

Dueños ya del precioso documento, y aborreciendo mortalmente á la marquesa, solo pensaban en deshacerse de ella á toda costa.

El 17 de Mayo de 1667 se sintió ligeramente indispuesta la marquesa: hicieron venir al médico, y la aconsejó purgarse, preparándola él mismo la po-

cion; pero su aspecto y olor repugnaron á la enferma, y lo arrojó prefiriendo hacer uso de unas pildoras que para este efecto conservaba. Fué de notar que aquel dia preguntaron sus cuñados con insistente frecuencia por su salud, manifestando cierta impaciencia. Varias amigas fueron á hacerla compañía, pues había guardado cama, y en la reunion se hallaban el abate y el caballero, muy distraidos al parecer. Cuando la marquesa refirió lo que había hecho con la pocion preparada por el médico, sus dos cuñados se miraron, y á los pocos momentos salieron uno tras otro con distintos pretextos. No tardaron en volver, pero siempre distraidos, taciturnos, inquietos, cosa que no dejó de observarse por la concurrencia, aunque procuraban animar la conversacion cuanto podian. Sirvióse un refresco que ellos no tomaron quejándose de distintas dolencias, y por fin llegó la hora de retirarse las visitas, á quienes despidió cortesmente el abate en la puerta, mientras que el caballero quedaba en la habitacion de la marquesa, sombrío y silencioso.

Ya empezaba la enferma á extrañar aquel gesto y aquel mutismo, y se disponia á preguntarle, cuando súbitamente entra el abate lívido, desencajado, con los cabellos erizados, los ojos centelleantes, temblando de ira, con una pistola en una mano y un vaso lleno de un líquido parecido al que el médico la había preparado, en la otra. Apenas entró, cerró la puerta por dentro, junto á la cual se puso en pié el caballero con la espada desenvainada, y acercándose al lecho y mirándola un momento con aspecto terrible, la dijo con voz sombría: «Señora, es forzoso morir: escoged entre el fuego, el veneno ó el acero.»

¡Pobra marquesa! Cuando al entrar el abate vió levantarse á su hermano y desnudar la espada, abrigó por un momento la ilusion de que lo hacia para defenderla. ¡Cuán presto y cuán dolorosamente se convenció de su engaño al dirigir una mirada al que ella creia su defensor, y verle en pié, entre el lecho y la puerta, con semblante amenazador, y en actitud resuelta para secundar á su hermano! Una nube ofuscó su vista; pero haciéndose superior á aquel instante de debilidad, murmuró: «¡Yo morir! ¡Qué delito he cometido! ¿Sois vos á un tiempo el juez y el verdugo? ¿Tan mal os he tratado, tanto me odiais,